

# Cruz y raya en los libros

Escribe: ERNESTO CORTES AHUMADA

BATTEN, T. R. *Las comunidades y su desarrollo; estudio introductorio con referencia especial a la zona tropical*. México, Fondo de Cultura Económica, 1964. 199 p.

Es necesario reconocer que hasta ahora no han sido muchos los que han estudiado con atención, si no en su esencia, al menos en sus manifestaciones, uno de los fenómenos más condicionantes y, por lo mismo, entorpecedores del desarrollo: el fenómeno al cual podríamos dar el nombre de *infraformación espiritual del hombre en las naciones subdesarrolladas*. Porque la educación para el desarrollo se concibe en forma muy restringida; como se podría simbolizar en esta frase de Batten: “se ayuda a las amas de casa con libros y panfletos sobre comida, cocina y alimentos envasados, mientras que a los granjeros se les ayuda con materiales impresos sobre crianza de animales, tiempo en que debe plantarse y cosecha de las mieses”. Pero conste: al registrar esta falla no se hace a nombre de ninguna teoría del conocimiento —o de alguna vivencia religiosa, aunque, en este caso, se caería más bien dentro de la sicología patológica de la religión— de una teoría de esas que diviniza el pensamiento, como en otras épocas se divinizó al *noûs* o inteligencia. Simplemente deseo ofrecer al lector atento un nuevo criterio para un desarrollo integral; quiero decir, el de las minorías intelectuales de vanguardia en los países subdesarrollados, ya que, hoy por hoy, ningún otro grupo parece tener la iniciativa. Sobre todo en la esfera latinoamericana. En otras sociedades, como la norteamericana, el papel de críticos del conglomerado de deshacedores de los mitos, de punzadores de ilusiones y mentiras colectivas, de precursores de cambios futuros, está confiado a los “científicos sociales”, que estudian en toda su complejidad y sutileza el sistema de interrelaciones, con el fin de canalizarlas y manipularlas por dentro del contexto del patrón social. Simplificando mucho, se puede decir que en tales países el compromiso moral hacia el cambio es compatible con la naturaleza instrumentalista de las ciencias sociales. En cambio, en América Latina, pues contraigo el comentario a esta área, no existe esa compatibilidad y, en consecuencia, no existen los “científicos sociales”. O viceversa, si se quiere. Es este, estrictamente hablando, el fundamento último de ese caos mental de la mayoría de los intelectuales latinoamericanos respecto del cambio social. Por

lo mismo, de su hablar emotivo, íntimo, vivencial, impresionista, utilizando un tipo de fraseología como el que sigue: neo-colonialismo, “tierra de leones”, evolución o explosión, imperialismo, revolución de expectativas ascendentes, situación pre-revolucionaria, monopolio, oligopolio (1), miseria, hambre, continente “enfermo”, etc. Y... nada más. Son, si se me permite, los sobrevivientes revolucionarios del siglo XIX, cuyo mérito se confía, en vez de fincarse más en la capacidad de las neuronas, en los misterios del trópico, o en el desgredo de las ideas románticas. Sin embargo, a estos “pensadores” Latinoamérica los está dejando atrás como cosas que van de suyo. Con lo cual está transfiriéndose, de hecho, su tratamiento a otro tipo de intelectual. Me refiero al que busca, sin ser “científico social”, ocuparse de una forma rigurosa de lo real. Y su quehacer cabe enunciarlo de este modo: reconoce que “hay ahí” una realidad —lo social— para hacerse cuestión, de la cual no existe hasta ahora —socialmente hablando, porque sí existen facultades de sociología— ninguna disciplina, *pragmateía*: o ciencia. Y es, por cierto, el que acá me interesa, como expresé antes.

Para él, un hombre que está metido como pocos en el *avispero* de la sociedad contemporánea latinoamericana y que ve vivir atropelladamente y “desde afuera”, ningún desarrollo será posible si no se hace, primero, del hombre un ser perfecto y verdadero. En la medida de lo humano, claro está. Ya que más allá del médico, del abogado, del economista, del gerente, del escritor está el hombre. ¡Sin más! Y al cual, por ello, hay que plasmar. Con algunas salvedades, se trata de alcanzar al que Jacob Burckard llamó el hombre con plenitud de personalidad. Desarrollo, pues, para este tipo de intelectual y escritor es, ante todo, algo interno al hombre; es *ipso facto*, una virtud intrínseca del hombre. Tanto, que ello da lugar a un acontecimiento enorme: nace el desarrollo externo —por tanto, el económico, el político, el social— cuando se inicia el del espíritu humano (2). La razón de ello está en que el hombre consiste en ser “yo y mi circunstancia”. Y puesto que viene del hombre, humano es. O, en otra forma: el desarrollo, según este, se refiere a una relación de continente y contenido, que permite establecer la jerarquía de grados y magnitudes. Lo demás, será —y también para este nuevo escritor latinoamericano— desarrollar *por añadidura*. Hasta donde me es posible resumir, cabe sintetizar en esta forma de conciencia la posición del intelectual latinoamericano con relación al desarrollo, que para él debe ser integral: “La negación del conformismo económico está ligada al rechazo del conformismo político y del conformismo cultural”.

Pues bien, el libro de Batten plantea, a mi juicio, y por substracción de materia de un desarrollo integral, la necesidad latinoamericana de crear, para principiar, la ecología del cambio social. Porque sus ideas están concebidas para colectividades excesivamente pobres, incultas, rutinarias. Veamos, para comprobarlo, sus planteamientos: organizaciones y comunidades, la organización debe establecer relaciones amigables, cambio dirigido, proyectos en las comunidades desorganizadas, construcción de la comunidad, alfabetización, trabajo con grupos, etc. Por eso su objeción a que la alfabetización como “punta de lanza” del progreso resulta muy válida, puesto que en tales comunidades no existe siquiera una *lingua fran-*

ca, extendida, que permita el beneficio de la palabra y la lectura masivas. Pero es que la sola alfabetización, por sí no dice mayor cosa, y en consecuencia, debe evitarse confundirla con la formación del hombre con plenitud de personalidad antes mencionado. En Colombia, por ejemplo, y con ella toda Latinoamérica, los analfabetos de “segundo grado” hacen montón. Y, sin embargo, nadie se sentiría autorizado a proclamar tan precario estado como meta de un auténtico cambio social (3).

\* \* \*

HIRSCHMAN, Alberto O. director. *Controversia sobre Latinoamérica*; ensayos y comentarios dirigidos por Alberto O. Hirschman. Buenos Aires, Artes Gráficas, 1963. 288 p.

Este libro viene a confirmar, por cierto, cuanto expresé a propósito del libro de Batten. El trata de bucear, permitiéndoseme hacer constar la autenticidad del verbo, en un continente cuyo pintoresquismo de primera vista, porque en el fondo no tiene nada de tal, bien podría quedar resumido, o mejor aún, descrito al aguafuerte con estas palabras de Daniel Cosío Villegas, en *Extremos de América*: “¿por qué en este país de maravilla hay tanto malestar, tanta pobreza?... ¡Ah!, dice uno: por el cura; el otro dice: por el militar; este: por el indio; aquel: por el extranjero; por la democracia; por la dictadura; por la ciencia; por la ignorancia; finalmente, por un castigo divino”. Es decir, agrego si es que algo cabe agregar, por todo y por nada; por prurito de opinar y por ignorancia *social*. Se comprenderá, por tanto, que el mérito de los autores de este libro radica en su propósito de arrojar una luz en un mundo tan en claroscuro, proponiendo razonamientos menos erráticos. ¿Qué conjunto de ideas impulsa a las naciones latinas? ¿Existe un “estilo” latinoamericano? ¿Debe buscarse “un abrazo más estrecho” o una “mayor libertad en la asociación” entre los países del Hemisferio Occidental? ¿Cuáles son los medios —y filosofías— con que algunos latinoamericanos tratan de enfrentar la inflación endémica? ¿Cuáles son las posibilidades de lograr una zona comercial regional en América Latina? ¿Por qué es la reforma agraria un tema tan incisivo no solamente en Cuba?, se preguntan y nos preguntan los autores.

El lector habrá advertido ya, tras de haber leído aquellos interrogantes y las palabras de Cosío, que las respuestas a esas preguntas son difíciles de obtener, y, en verdad, creo que los autores de estos comentarios no aspiran allí a tanto. Para comprenderlo conviene recordar —y las palabras de Cosío lo confirman— que nuestro continente no es, socialmente hablando, sino un enjambre de intereses particulares que chocan incesantemente entre sí y unidos por débiles fuerzas. Hay un desorden social, un desorden elemental, como se dice en física. Y ya que miento a esta ciencia, podría decir que existe una ley de entropía social, como en la física para la distribución de las moléculas, según la cual, y a mayor subdesarrollado un pueblo, va en continuo aumento su desorganización social. Así, las ciencias sociales en Latinoamérica, no pasan de ser sino una descripción de la complejidad de los fenómenos macroscópicos, perdiendo, debido a aquel

desorden, el descubrimiento de sus procesos elementales básicos. Entonces hallamos que su verdad es una verdad como prueba, pero no una verdad como evidencia. O sea una simple colección de datos. Y esto me hace regresar al libro reseñado. Sus autores, sobre todo cuando no son latinoamericanos, y en este libro casi todos no lo son, buscan en nuestro crecimiento, movimiento, pensamiento e incluso reproducción, la verdad como evidencia; hallándola en la "vitalidad que hoy caracteriza a la economía y a la sociedad latinoamericana". Mas ello es lo que puede conducir, pienso, a un error de perspectiva; esto es, a ver en esa vitalidad, que para varios de ellos es una fuerza misteriosa —por tanto, como un *vis vitalis* presente en todo— algo magnífico, algo así como el habitante de la ciudad ve a la selva enmarañada. Si esto es cierto, sus autores se hallarán en gran parte fuera de foco. Pero, no se olvide, ello, esa "verdad" del extranjero, servirá mucho más al latinoamericano puesto que le será útil para resolver —o por lo menos comprender— una cuestión ciertamente hoy tan espinosa: las dificultades mutuas entre Latinoamérica y los Estados Unidos. Porque es preciso hacer constar que dichos ensayistas son norteamericanos.

\* \* \*

Instituto de Estudios Politécnicos para América Latina. Montevideo. *Colombia*. Montevideo, IEPAL, 1964. 37 p. (Estudio de actualidad política, económica, social y cultural).

Pocas cosas revelan mayor y más hondamente lo que es el subdesarrollo, como el hecho de que sobre él meditan, opinan y hasta escriben gentes de todos los partidos y de todas las creencias y ubicaciones de clase. Esto me llevaría a catalogar, en términos amplios, a tales opiniones, meditaciones y aun divagaciones en dos grupos, descartando eso sí el verbalismo de cuantos creen que la palabra es la cosa: el de los que desean el desarrollo, vale decir, el cambio social radicalmente y a tiempo fijo, y el de los que, por el contrario, lo creen únicamente viable a través de grados o escalas, porque no se pueden irrespetar determinados baluartes. Mas se ofrece esta dificultad: el desarrollo sería, según esos puntos de vista, una transformación hecha exclusivamente para satisfacer intereses de este u aquel otro partido, o de esta o aquella ideología económica. Esto significaría que ese cambio no es sino derivación de otro "más general": precisamente, el cambio económico político, entendido, y para evitar "meneallo", en su más noble acepción. Esto, claro está, no equivale a sostener, así sea entre líneas, que el desarrollo no debe carecer de palancas políticas de modo específico. No quiere decir, ciertamente. Porque solo la política es *hábil* para obtener posiciones verdaderas. Tanto, que ha dado lugar a una definición de ninguna manera alusiva a como suele entenderse en los pasillos de nuestro capitolio, cuando se piensa que es "pura táctica": o un aventar a la loca hecho sin mañana. Una verdadera, una auténtica política, esté donde esté, siempre será una "práctica de la vida". Con lo cual se quiere significar que su imagen *exacta* cae primero en el dominio de la casi pura intuición, y luego en el entendimiento. Merced a este orden

o sucesión, el hombre político verdadero se contrae a ser, quiérase o no, una rara *avis*. No se puede negar, entonces, que el revés de ese arte sea, como el de todo arte, escoria. O, cuando no existe, mero y legítimo desecho. Nada más.

Salvando pues la idea de que el desarrollo no consiste en un cambio de la política, por la política y para la política (4) —y en la misma proporción con relación a una ideología económica— puedo afirmar que este trabajo hace una vivisección o un análisis espectroscópico, para hablar con imágenes aptas para subrayar su carácter de investigación y dar al mismo tiempo relieve al método analítico, de los factores que a juicio del autor o autores, entorpecen el “cambio social” colombiano. Entre los cuales hay que constar, digo yo, las fuerzas instintivas y las corrientes primarias: aquellas que Pareto llamaría los “residuos”, esto es, los gérmenes de las raíces síquicas que a menudo se revelan bajo la forma de imborrables o irreductibles idiosincrasias. E incluso su traducción en teoría, en programas o manifiestos; su irradiación en posiciones y hasta en posturas. En efecto, se estudia acá: 1º Aspectos económicos y sociales, subdivididos en tres: a) el malestar económico actual, b) las líneas de fuerza de la economía colombiana y, c) transtorno y permanencia de las estructuras sociales. 2º Análisis político, que comprende: a) estado de las estructuras políticas, y b) la crisis profunda y alguna de sus causas. Y al final van unas “conclusiones”. Aspectos y análisis que no deben tomarse, vuelvo a sugerirlo, desde el ángulo exclusivo de la política. O desde el económico. Aunque muchos de los síntomas de agitación, de enervamiento o de desánimo tengan allí su origen. Sino dentro de una problemática colombiana total. Se trata de “explicar” las realidades que en *ellas* —política y economía— afloran como consecuencia de fenómenos sociales más vastos, más totalizadores. En nuestro tiempo, en que “solo es posible lo posible”, se debe ir del todo a la parte —socialmente entendido—. Y de ahí que, por lo menos a mi juicio, se estampe en la introducción este pensamiento: “no hay solución económica capaz, por sí sola, de desembarazar al país: será necesario, más temprano o más tarde, que los colombianos enfrenten el problema, su problema de fondo, el de las relaciones sociales y políticas inadaptadas a la creciente de las masas y al empuje social de las capas inferiores” (5). O este otro: “el factor sorpresa más inesperado para el observador de la realidad colombiana, consiste en una fuerte *impermeabilidad social*: la escasez o la insignificancia de los contactos entre capas sociales cuyo nivel de vida es muy distante, así como la casi ausencia de las comunicaciones sociales entre grupos dirigentes (...) entre sí, y de estos con una población que sabe lo que ya no quiere”. Justamente por esta clase de juicios tajantes, que eluden cualquier juego de descifrar enigmas, nos hallamos frente a una obra de crítica concreta sobre dos fenómenos de nuestra sociedad.

No sería sino lo mismo, visto por el envés, sostener que este trabajo se basa en datos y juicios radicales y no en “creencias”, “ideas” u opiniones acerbas. Se podría pensar, sin embargo, que se ha buscado exprofesamente el lado dramático de la economía y la política colombianas; pero ello, que es cierto, aparte de obedecer a un imperativo de nuestra época, tiene otro fundamento. Hay, en verdad, allí evidencias amargas, casi

cruels, verdaderamente hirientes acerca de los fenómenos sociales que hoy más inquietan a la "opinión pública" del país. Y, no obstante, nada tienen que ver con una visión pesimista y puramente negativa. Precisamente debido a que, según acabo de expresarlo, tienen otro fundamento. No puedo desarrollar acá el tema. Es demasiado largo y lleno de repliegues para que lo aborde ahora. Sin embargo, acotaré lo más indispensable. El desarrollo integral tiene metas inmediatas y mediatas. Pero para que se alcancen estas deben realizarse aquellas, esto es, las mediatas o lejanas. Es el punto de partida que toma el cambio social para constituirse, y por tanto, *antes de constituirse*. Por esta razón, el ariete en esta obra, como en cualquier otra similar, se apunta contra aquellos segmentos —grandes o pequeños— de la política y de la economía esencialmente retardatarios, antisociales, toda vez que estas, economía y política, constituyen la puerta o puerto —*portus*, de "poros", significa "salida"— de salida hacia el desarrollo. Es decir, son sus condiciones *mediatas* e insustituibles. De donde resulta que el progreso del desarrollo se obtendrá, primero, por yuxtaposición y adición, y luego, por la articulación interna de una función social ya completa, que ha alcanzado, o comenzado, la unidad de coexistencia. Por esto, el desarrollo o cambio social debe ser en su fase inicial "atrapado". Lo cual explica, igualmente, el hecho de que elementos, aun económicos y políticos, de la realidad favorable de Colombia estén colocados, en el libro reseñado, en un segundo plano: de hecho, en el plano de una realidad *en vía* de desarrollo. Para terminar se debe subrayar, en consecuencia, que este estudio declara cuestionable, problemático, estudiando fenómenos como la confusión de los poderes, la desorientación política, el "sistema", la regresión en materia de planificación, el regionalismo y el desarrollo regional, las manifestaciones de criminalidad y de actos antisociales, el dramático problema de la educación, la violencia, el drama de la población rural, la reforma agraria, los tratados de integración, la ayuda internacional, la regionalización de la economía, la ALALC, la deuda externa, la política fiscal, "el efecto pernicioso del café en la economía colombiana", el régimen de las tierras, la inversión del sector público y privado, etc.; declara cuestionable, problemática, repito, la situación total del país, suponiendo, por lo mismo, que existen motivos y fuerzas que invitan a una reforma radical de la nación. No se olvide: habla de una realidad distorsionada. Es crisis, angustia, esperanza; y en ella estamos sumergidos.

## NOTAS

(1) Para una definición correcta del monopolio, que se divide en puro y simple, así como del oligopolio, véase *Tratado de economía*, de George Leland Bach. (Pág. 9, tomo II).

(2) Se comprenderá que todo intento de mejorar la personalidad del hombre, o sea al hombre mismo latinoamericano, si es que no se quiere caer, como se ha caído tantas veces, y Colombia no es ni tiene por qué ser una excepción, en el *ethos*, de una visión utópica de la educación humana, se debe planear el bienestar y desarrollo de la infancia y la juventud. El cual incluye factores éticos, políticos, sistemas de valores, culturales, económicos y sociales. Lo que viene a ser igual a fijar un criterio de desarrollo "integrado" o de rebeldía contra la explotación, para darle alguna razón a Bettelheim, dentro de la "evolución de los pueblos". Integración que demanda el concurso de múltiples esfuerzos y capacidades, por lo demás. En lo económico surge, verbi gracia, la necesidad

de dar respuesta al problema de saber cuál es su dominio; y esa ciencia o rama del saber que la puede responder puede ser denominada *metaeconomía*, porque abarca una materia no-económica que no es conformada internacionalmente por ella.

(3) En esta crítica, y para no complicarle la imaginación al lector, he aceptado los términos “desarrollo” y “subdesarrollo”. Sin embargo, en los últimos años se considera que la expresión “países subdesarrollados” —como su contraparte: desarrollados— evoca ideas que son científicamente falsas. Por ejemplo, las que ha puesto en tela de juicio la moderna antropología. Esta, lo recuerdo, abre un camino nuevo que no consiste solo en “describir estructuras”. Pero esto equivaldría aquí a ir muy lejos y hondo. Sirva, en cambio, recordar que hay quienes, sobre todo dentro de los linderos económicos, proponen una nueva definición para los pueblos no-ricos. Hela acá, según Charles Bettelheim: “países explotados, dominados y con economía deformada”. De hecho, afirman estos economistas no-burgueses, los países “subdesarrollados” han evolucionado al tiempo que los desarrollados, pero no han evolucionado en el mismo sentido ni de la misma manera. Es esto —dicen— lo que la noción de “subdesarrollo” tiende a encubrir. Sea de ello lo que fuere, y con lo cual me identifico, sin embargo, la discusión rebasa el interés terminológico. Pues lo que se pone en juego es saber si la conceptualización sustituye satisfactoriamente, debido a su explicación histórica y análisis científico, a la comprobación estadística.

(4) Sabido es que esta deforma, cuando se le exagera, la realidad de las cosas. Testimonio de ellos es Georges Lukács, quien, sólidamente anclado en los preceptos ideológicos de una visión muy conocida de la historia y de la cultura, tiende a confundir, en su libro *El significado actual del realismo crítico*, vanguardia y decadencia. El hace, en efecto, extensivo a la primera el juicio de valor negativo inherente a la segunda, y diferencia una de otra solo como aspectos distintos del proceso de degeneración de la cultura burguesa. A esta clase de libros hay, por tanto, que saberlos leer. Como que nos alumbran la realidad con focos de luz, por decirlo así, reflejada; en una palabra, con “estilo, astucia y silencio” —más parcial que partidario—.

(5) Este es el hecho formidable de la economía colombiana, como es, punto más o punto menos, de cualquier otra. Que no obstante su impacto violento sobre todos los bolsillos, su arreglo o mejora no depende de ella misma. Si he de expresarlo “científicamente” diré que tiene un aspecto dual; teniendo que hablar, por tanto, del principio de *complementariedad* de la economía. Lo cual nos lleva nada menos que a la política, aunque no debe confundirse, una vez se les aglutina, con la “economía política”. Para entenderlo basta citar este pequeño párrafo de Gary Mac Foin, quien en la *Biblioteca del mundo*, de *Life* analiza el caso colombiano: “las solas presiones económicas no cambiarán esta situación. El control hermético de este grupo —se refiere al *auto-perpetuado* desde hace 150 años— sobre la economía total, siempre lo ha capacitado para soportar dificultades y salir adelante”. ¿Quién no ve, luego de leer estas líneas, la implicación inexorable de la política? Y repárese bien: no se quiere decir que el dinero sea la motivación primaria de los políticos. No; sino que la crisis de nuestra economía forma parte de la crisis de las instituciones colombianas. Cosa ya, por cierto, *más* política. Entonces no extrañe que, por ejemplo, desde Londres la publicación *Encounter* afirme que el *impasse* de América Latina tiene hundidas sus raíces, profundamente, en rigideces estructurales y mentales, formadas en el curso de una larga experiencia y marginalidad económica. Por tanto, mirada desde este haz, las rigideces se originan en problemas reales no económicos y se forman, esto es, estructuran dentro de la economía. O sea que hay que responsabilizar ante todo a quienes “se portan —en política— de manera irracional y obviamente suicida”. (He querido citar varios informes con el deseo de hacer ver cómo desde diferentes lugares y publicaciones se analiza nuestra situación con bastante precisión y conocimiento. Ellas se refieren incluso a lo que llamo nuestro espectro social: o estas revoluciones y refriegas callejeras emitidas por colombianos “calentados”).

\* \* \*